

“Historia transnacional, historia internacional, historia mundial e historia global”. Reseña de Pierre-Yves Saunier, *La historia transnacional*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2021, 263 págs.

Los vocablos con los que hemos querido encabezar este comentario bibliográfico –historia transnacional, internacional, mundial y global–, pueden resultar muy útiles para presentar la cuidadosa versión en español, editada por la Universidad de Zaragoza (España) en 2021, de la obra *Transnational History* del profesor franco-canadiense Pierre-Yves Saunier, y sobre ellos volveremos. La edición original de este libro, editada por la británica Bloomsbury, no es sin embargo tan reciente; data de 2013, el mismo año en el que otro especialista, colaborador con Saunier en varios proyectos y profesor de la Universidad de Harvard hasta el año 2005, Akira Iriye, publica en Palgrave Macmillan su *Global and Transnational History. The Past, Present and Future*. Aunque muy esclarecedor este último, el libro de Saunier sigue siendo a día de hoy la síntesis de teoría e historiografía más ordenada y completa sobre este campo. Responsable con Iriye del primer diccionario sobre el tema, *The Palgrave Dictionary of Transnational History from the mid-19th Century to the Present Day* (Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2009), Saunier es tenido asimismo por una de sus principales autoridades. Así lo presentan, por ejemplo, las profesoras Fiona Paisley y Pamela Scully en su reciente libro, ampliamente influido por la perspectiva de género, *Writing Transnational History* (London, New York, Bloomsbury Academic, 2019), quienes dedican la mitad de las páginas al surgimiento y los rasgos de este campo.

En 2024 no puede decirse en absoluto que la historiografía española desconozca lo que es la historia transnacional –menos todavía la historiografía hispana en general–. De hecho, las primeras noticias –el propio Saunier hace mención de ello (p. 59/nota)– se remontan al artículo tentativo, titulado “Reflexiones sobre una historia transnacional”, que publicaron en 1998 los profesores Carmen de la Guardia y Juan Pan-Montojo. En él, estos estudiosos insistían en tres ideas liminares: 1) la historia transnacional es una propuesta abierta; 2) su surgimiento se arraiga en “una metacultura internacional” que examina “las semejanzas, la fuerza homogeneizadora de la modernidad y el derecho a la diferencia”; y 3) no se opone al estudio de los “espacios estatales”, sino que tiene como objetivo “entender fenómenos que resultan de la interacción del estado con sus territorios y pobladores”.¹ Los temas que pertenecen a este campo –migraciones, derechos humanos, movimientos sociales, transferencias culturales, relaciones entre los Imperios, etc. (*infra*)– constituyen hoy un componente cada vez más visible de la historiografía española.

Sin embargo no es ocioso dar la bienvenida a la traducción realizada por la Universidad de Zaragoza –la única versionada en otro idioma– de una obra de gran valor didáctico como ésta, que sus editores españoles han enriquecido con útiles advertencias sobre la transcripción de ciertos términos y su significado historiográfico –no se nos aclara, no obstante, si el autor ha revisado el libro para esta versión, o algunas citas y consultas, que llevan fecha posterior a 2013 (pp. 113, 137, 167 y 185), son parte del cuidado que se han tomado los responsables de la edición española–. Una reedición del

¹ Carmen de la Guardia y Juan Pan-Montojo, “Reflexiones sobre una historia transnacional”, *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 16 (1998): 9-31.

libro en la actualidad acaso necesitaría de unas páginas adicionales sobre la llamada política de la historia, esto es, sobre los objetivos políticos de los relatos históricos. Desde que la obra se publica en inglés en 2013 el optimismo que anunciaban las llamadas “nuevas historias” se ha visto cada vez más interferido o ensombrecido por un uso de estas últimas crecientemente activista e identitario, algunos de cuyos resultados van –no tememos decirlo– en la dirección contraria a la que marcan las normas de la metodología histórica. La descontextualización de los hechos del pasado y su valoración como si pertenecieran al presente, a un presente eterno, es acaso el rasgo más preocupante de esta tendencia.

Lo que mayormente llama la atención de la obra que reseñamos es la claridad y la sistemática con las que está organizada y los numerosos datos y ejemplos que aporta. Dividida en una introducción y seis capítulos, con un resumen de las ideas centrales al final de cada uno de ellos, además de un glosario y unas lecturas complementarias para cerrar el volumen, presenta un cuadro completo de lo que es el campo de la historia transnacional, acompañado de una interesante reflexión sobre cuáles son sus posibilidades. A la introducción y el primer capítulo, donde se examinan antecedentes, procedencia de la denominación, cómo despegó a partir de la década de 1990 y cómo se ha consolidado desde entonces, le siguen cuatro capítulos en los que el autor teoriza sobre sus rasgos, y un sexto y último sobre metodología propiamente dicha.

Si nos fijamos en la definición de historia transnacional que propone Saunier, esto es, un ámbito o “un enfoque relacional” (p. 25) que incluye aquellas obras que estudian la historia de los entrelazamientos o conexiones entre entidades políticas, sociedades y comunidades, relacionados con el fenómeno y la idea del estado-nación, y que pertenecen a un período que va del siglo XVIII a nuestros días (pp. 21-22), estaremos en condiciones de comprender el contenido de los capítulos dos al cinco. Como veremos, en ellos el autor presenta una teoría de la historia transnacional con clasificaciones que se nutren fundamentalmente de disciplinas tales como la sociología, la geografía, la economía y la politología. Permítasenos un breve repaso por los capítulos dos al seis.

En el capítulo segundo hallamos una clasificación y examen de las grandes “conexiones” y “conectores”. Esto permite al autor abarcar numerosos asuntos; una pluralidad que va desde los viajes, viajeros y el comercio oceánico, los traslados en sus variantes de migraciones y de exilios, ciertas figuras proclives a cruzar fronteras, tales como los diplomáticos, los artistas y los intérpretes de idiomas, hasta circuitos de toda clase, ya sean promovidos por los gobiernos o por movimientos sociales y organizaciones no gubernamentales (pp. 76-90). Pero no solo se examinan conectores entre individuos o grupos humanos, sino también “conectores no humanos”. Éstos abarcan desde el suministro de armamentos y la construcción de infraestructuras hasta fenómenos naturales tales como los terremotos, las inundaciones y las epidemias, todos ellos capaces de establecer lazos de cooperación para paliar sus efectos; a los que se añade lo que el autor llama “espacios de interacción” o “interfaces”, tales como los océanos, los canales y los ríos –lógicamente, también hace observar que estas conexiones pueden tener una función contraria separadora– (pp. 92-109).

El capítulo tercero proporciona una serie de pautas para ayudar a situar en su contexto histórico esos fenómenos conectivos en los que se ha explayado en el capítulo anterior. Se trata, sirviéndose de la metáfora del río, de establecer cuáles son “los regímenes circulatorios” o conjunto de elementos “relativamente estables que

caracterizan a los flujos (de relaciones o conexiones)” (pp. 113-114). Aquí ya podemos observar las primeras indicaciones sobre metodología: delimitar los espacios de circulación o rutas; identificar tanto las corrientes circulatorias fuertes como las débiles o menos visibles; y establecer cuáles son esos “vectores” de la circulación, esto es, los gobiernos, bancos centrales, grandes empresas, determinados individuos, etc. (pp. 125-144).

El capítulo cuarto está dedicado al examen del modo en el que los participantes o sujetos se ven afectados por esas relaciones, conexiones y flujos. En estas páginas, para mejor explicar esta repercusión el autor prefiere el uso de cuatro tropos –no conceptos universales ni tipos puros, aclara–, que le permiten presentar –asegura– los casos y los ejemplos con mayor claridad. A saber: 1) las relaciones entendidas como dedicación a una meta común; 2) las que se basan en la dominación; 3) las que se sirven de medios tomados de países extranjeros; y 4) los proyectos que pretenden el alineamiento y/o la convergencia de actuaciones (pp. 151-174).

El capítulo quinto culmina este análisis teórico con un examen de los resultados de tales conexiones y flujos vistos en los capítulos dos a cuatro; o, en palabras del autor, “el resultado de la combinación de estructuras, actores y prácticas de distinto alcance”, a las que también llama “formaciones” o “núcleos de junturas” (p. 178). En estas páginas, la variedad de fenómenos históricos se vuelve tan extraordinariamente amplia que el autor se conforma con la presentación de ejemplos relevantes sobre aspectos tales como la “identidad personal” o “enfoque biográfico”, la “organización”, “la región temática”, el “acontecimiento” y el “territorio” (pp. 180-204).

Las frecuentes clasificaciones que aparecen en estos cuatro capítulos (del dos al cinco) pueden resultar complejas y fatigosas, pero sin duda tienen una gran utilidad y están pensadas para mitigar las ambigüedades en las que incurren los historiadores debido a sus diferentes especialidades y a la aceptación, en ocasiones precipitada o producto del esnobismo, de préstamos de otras disciplinas. Por ejemplo, en el capítulo tercero, el recurso a los tropos para caracterizar las conexiones entre fenómenos (*supra.*) es un modo de abrirse paso entre la espesura terminológica que caracteriza a las materias humanísticas y científico-sociales que forman o aspiran a formar parte de la historia transnacional. En economía, por ejemplo, se manejan términos tales como integración, convergencia y ciclos; los estudiosos de la sociedad civil prefieren las expresiones movimientos y olas; sistemas, alianzas y tratados son en cambio términos propios de los especialistas en relaciones internacionales; conversión y sincretismo son vocablos utilizados por los historiadores de la religión; y, en fin, la palabra transferencias se ha impuesto para estudiar las relaciones entre las culturas (pp. 148-150).

El capítulo sexto, dedicado a la metodología, reviste una especial importancia a la hora de caracterizar el campo de estudio, necesitado –insiste el autor– de “una línea de investigación intensiva” (p. 208). En estas páginas podemos hallar útiles recomendaciones sobre los mejores métodos y las fuentes más importantes. La lista incluye el uso de mapas, de instrumentos digitales y, en general, la invitación a acudir a archivos. La atención a fuentes del tipo de los testimonios orales, los registros comerciales, los folletos, los periódicos, los boletines y las revistas, y el manejo de repositorios específicos tales como los archivos familiares y de las organizaciones internacionales completan este repaso (pp. 230-235).

La Introducción y el capítulo primero merecen un comentario específico porque en ellos el autor no solo define qué es la historia transnacional en tanto campo de investigación, sino que también examina sus antecedentes y en qué se diferencia de otros ámbitos vecinos. Es aquí donde hemos de invocar la sucesión de expresiones que nos han servido de título de este comentario bibliográfico: historia transnacional, historia internacional, historia mundial e historia global.

Para nuestro autor la historia transnacional es, antes que nada, “un punto de vista que (...) puede aplicarse a cualquier tema” (p. 18). Pero también en la conclusión del libro, éste dialoga con el artículo de la historiadora británica Patricia Clavin, “Time, Manner, Place: Writing Modern European History in Global, Transnational and International Contexts” (*European History Quarterly*, vol. 40, 4 [2010], pp. 624-640), y confiesa que prefiere adoptar una “postura más tímida” y ver ese campo “como una lente adicional para los anteojos del historiador” (p. 238), esto es, como un terreno complementario. No podemos estar más de acuerdo con esta reflexión. Un repaso por la historia intelectual y de la historiografía de esta clase de temas nos indica que el interés por “lo relacional” tiene bastantes antecedentes que han ayudado a incluir en los estudios históricos temas de gran alcance que superan las fronteras de los imperios y de los estados.

Con la claridad que caracteriza a toda la obra, en el capítulo primero el autor se detiene en tres clases de antecedentes de la idea de lo transnacional: 1) los remotos, que se remontan al siglo XIX (pp. 40-49); 2) los inmediatos, que datan de las décadas de 1980 y 1990 y proceden de terrenos académicos perfectamente localizados, tales como los estudios culturales, las investigaciones sobre migraciones promovidas por antropólogos y sociólogos, y el dominio de las relaciones internacionales (pp. 35-37); y, finalmente, 3) la propia presencia de la idea de lo transnacional entre los historiadores, que se remonta a menciones dispersas ya detectables a comienzos del siglo XX, y llega hasta la consolidación propiamente dicha de este campo a partir de la década de 1990.

Es en este apartado sobre los precedentes donde creemos que son necesarios algunos comentarios añadidos y críticas constructivas, porque aquí es donde la historia transnacional muestra raíces o interferencias con géneros historiográficos que desde antiguo han servido para relatar la historia de la humanidad o señalar fenómenos relacionales, tales como la historia universal, la historia mundial, la historia global y la historia internacional.

Puede aceptarse la tesis del autor de que la historia mundial y la historia global, aunque comparten un componente relacional, no son dominios exactamente coincidentes: la historia mundial aspira a relatar el decurso de la humanidad, mientras que la historia global se concentra en las formas de integración y convergencia de las personas, o los grupos humanos, que han alcanzado una escala planetaria desde la época de los Descubrimientos en los siglos XV y XVI; lo que, a su vez –señala igualmente el autor–, diferencia a esta última de la historia transnacional, cuyo comienzo debería fijarse en la época del surgimiento de los estados nacionales, esto es, en la segunda mitad del siglo XVIII aproximadamente (pp. 21-22, 25). Tampoco la historia transnacional sería equivalente –añade el autor– a la llamada historia internacional. Esta última, derivada del género decimonónico de la historia diplomática, se habría centrado más bien en el estudio de las políticas de poder, la guerra y la paz entre los países (p. 52). Pese a todas estas útiles precisiones, puede ser interesante incorporar algunas ideas que proporcionan los estudios de historia de la historiografía, los cuales muestran que el parentesco entre todos

estos dominios es mayor de lo que parece. Detengámonos en algunas de ellas que nos servirán para cerrar este comentario bibliográfico.

Tradicionalmente, hasta el siglo XIX inclusive, el interés por el pasado de la humanidad ha ido paulatinamente configurando un género, el de las “historias del mundo” o “historias universales”, que se remonta a los escritores antiguos y al nacimiento del propio concepto de historia. En este género no es difícil hallar la referencia a otras ecúmenes y pueblos diferentes a los del escritor o escritores responsables de tales obras. Así, por ejemplo, las *Historias* del griego Heródoto (que datan del s. IV a. de C.) no solo se interesan por la cultura griega, sino también por los pueblos del Próximo Oriente – permítasenos este término aplicado a la historia de la antigüedad –, sus ciudades, costumbres, instituciones y monumentos, que el autor ha conocido a través de sus viajes o de lo relatado por otros viajeros. Una contraposición de ecúmenes y búsqueda de lo universal puede igualmente observarse en el *Libro de ejemplos históricos* (*Kitab al-Ibar*), también llamado “historia universal”, del escritor árabe del siglo XIV Ibn Jaldún, quien, a través de la separación que establece entre “los pueblos árabes” y los “pueblos no-árabes”, busca abarcar toda la humanidad conocida hasta entonces. En el Occidente cristiano, desde los siglos medievales hasta el siglo XVII incluido, el interés en la historia universal, además de tener una relativa autonomía, sirvió para dar sentido a una gran diversidad de relatos o géneros que necesitaban acreditar el origen bíblico del género humano y la importancia del cristianismo como transmisor de la soberanía política frente a otros pueblos. Solo la época de la Ilustración y de las revoluciones liberales aportaron los componentes necesarios para la renovación en profundidad de esa manera de escribir historia. Estos componentes permitieron abandonar definitivamente el relato bíblico de los orígenes, desarrollar la curiosidad hacia otros pueblos, entregarse a la búsqueda de causas “filosóficas y políticas”, establecer formas de periodización basadas en las ideas de civilización y progreso –origen de la división tripartida en edades antigua, media y moderna– y, en fin, dotarse de contenidos y objetivos políticos centrados en el interés por los estados nacionales y los imperios modernos occidentales. En este sentido y frente a lo que se ha creído, el género de la historia universal tal y como se difundió en el siglo XIX no es una mera secularización de las “historias del mundo” de procedencia cristiano-medieval.² Lo único que pareció perdurar de estas historias fue el título de “universal”.

Ahora bien, en las décadas centrales del siglo XX, de los años 1920 a los años 1960, la transformación del género fue de tal calibre que esta vez lo que se perdió fue el calificativo de “universal” sustituido por el de “mundial”. Este cambio se puede ilustrar observando los orígenes decimonónicos de una de las más importantes *Historias mundiales* publicadas entonces: la titulada *An Encyclopedia of World History: Ancient Medieval and Modern Chronological Arranged*, que edita por primera vez la Universidad de Cambridge (Massachusetts) en 1940 dirigida por el historiador norteamericano William L. Langer, y que alcanza su sexta edición en 2001. En el Prefacio de la edición de 1940 el propio Langer explica que la obra es en realidad una ampliación y actualización de un manual germano para estudiantes de bachillerato que se publicó por primera vez en

² Tampoco fue un género de historiadores aficionados como insinúa Gilbert Allardyce en el número inaugural de *Journal of World History*, quien además olvida que los términos “Universal History” y *World History* no son necesariamente intercambiables (Gilbert Allardyce, “Toward World History: American Historians and the Coming of the World History Course”, *Journal of World History*, vol. 1, 1 [Spring, 1990]: 23-76). Por otro lado, la palabra “amateurs” no es propiamente aplicable a los grandes historiadores del siglo XIX. Historiadores como italiano Cesare Cantù y los alemanes Leopold von Ranke y Georg Weber fueron notables impulsores del género de la Historia universal.

1863, se tradujo ampliado al inglés en 1883, donde alcanzó 24 ediciones, y en 1925, con nuevos cambios y nuevos directores, pasó a titularse *A Manual of Universal History* (Boston, New York, etc., Houghton Mifflin Co., 1925).

En realidad, el paso de la “Historia universal” a la “Historia mundial” no fue una mera sustitución terminológica, sino un vuelco en el alcance que se quería dar al relato del pasado y a la propia concepción de la historiografía. En un período en el que se inician los movimientos anticoloniales, tiene lugar la Segunda Guerra Mundial, se fundan las primeras instituciones internacionales y se asiste a la Guerra Fría, al surgimiento del Tercer Mundo, a la quiebra de los imperios coloniales y a los procesos de descolonización, los relatos y estudios sobre el pasado no podían permanecer indiferentes.

Lo que tienen en común las obras publicadas en las décadas centrales del siglo pasado, que llevan el título de historia mundial o manifiestan esa pretensión, son unos contenidos que subrayan la idea de pluralidad, la importancia de otras ecúmenes –llámese civilizaciones, culturas o continentes– además de Occidente, quien sigue siendo vertebral, y las interdependencias; que además prolongan el estudio o relato hasta la propia época y acentúan los hechos económicos y sociales. En el capítulo primero del libro que reseñamos, Saunier hace una rápida mención de algunos historiadores y obras pioneras que ponen el acento en las interconexiones y que pertenecen al campo de la historia mundial: el *A Study of History* (1934-1961) del británico Arnold J. Toynbee, las primeras obras de un discípulo “émancipé” suyo, el norteamericano William McNeill, los primeros artículos del también norteamericano Marshall G. S. Hogson, y la famosa *History of Mankind. Cultural and Scientific Development*, dirigida por la historiadora norteamericana Carolyn F. Ware y publicada en 6 volúmenes por primera vez entre 1946 y 1969 por la UNESCO (pp. 50-51). Pero en realidad estamos ante un movimiento mucho más amplio, en el que se podría incluir la colección *L'évolution de l'humanité*, que dirigió el francés Henri Berr a partir de 1920, la refundación en 1946 de la revista *Annales* con el nuevo subtítulo de “Économies, Sociétés, Civilisations”, los famosos manuales de “contemporary world history” de los británicos Geoffrey Barraclough (1964¹) y David Thompson (1969¹) e incluso la *Vsemirnaya Istoriya v Desiati Tomakh* [historia mundial en 10 volúmenes] que editó la Academia de Ciencias de la Unión Soviética bajo la dirección de Eugeni M. Zhukov, entre 1955 y 1965, al amparo de la desestalinización promovida por Nikita Jrushchov. Algunas de estas obras son notables precedentes de la llamada “historia global”. La *History of Mankind* de la UNESCO, por ejemplo, vistos los propósitos que la alumbraron y las controversias que levantó, ha sido considerada por los estudiosos como un precedente muy directo de ese género.³

De hecho, el tránsito de la “historia mundial” a la “historia global” no debe verse como un proceso claramente definido ni académicamente localizado, dado que la propia idea de historia global no cubre un único significado, sino que tiende a basarse en una diversidad de temas que, además de romper con la tradicional división tripartita de la historia, también buscan superar propuestas posteriores que la han intentado enmendar, tales como la “larga edad media” (Jacques Le Goff), “el largo siglo XVI” (Fernand Braudel) y “el corto siglo XX” (Eric J. Hobsbawm). Se trata de temas que además se extienden más allá de las divisiones geográficas habituales. Algo parecido ocurre con la historia transnacional.

³ Véase Gabriela Godin Marcovich y Rahul Marcovich, “Editing the field Global of Word History: Global History from Inside the Kitchen”, *Journal of Global History*, vol. 14, 2 (2019): 157-178.

Cierto es que, con tales denominaciones y pretensiones de ser campos historiográficos genuinos, ambas echan a andar a principios de la década de 1990 en la academia estadounidense. La historia transnacional se presenta como una reacción a la tesis del “excepcionalismo norteamericano”. Y la reivindicación de una historia global se materializa en el libro colectivo dirigido en 1993 por los profesores Bruce Mazlish y Ralph Buultjens, el primero del Instituto de Tecnológico de Massachusetts y el segundo de la Universidad de Nueva York, titulado *Conceptualizing Global History*. En ambos casos se observa que este origen norteamericano reclama perspectivas de carácter mundial. La alternativa a la tesis del excepcionalismo propone “internacionalizar la historia norteamericana” buscando perspectivas “transnacionales y globales”.⁴ Y los directores de *Conceptualizing Global History* lo que plantean es una perspectiva “derivada de la conciencia de la globalización” que se ocupe de “problemas globales”, o iluminados por ella, que trascienden al estado-nación y a lo eurocéntrico, y que pueden existir en cualquier marco territorial perteneciente a la historia contemporánea.

Los temas que proponen todos estos autores proceden de preocupaciones sociales, políticas y culturales que se remontan aproximadamente a la década de 1970 y cobran fuerza en las décadas siguientes, como son la ecología, los derechos humanos, las identidades, las migraciones, la energía, la globalización social, la globalización cultural, las comunidades de memoria, ciertos lenguajes “globales” (el lenguaje informático, la música, la lengua inglesa, etc.), etc.⁵ Se trata de un heterogéneo conjunto de líneas, pero con al menos dos elementos que las agrupan: la tendencia a “descentralizar el conocimiento” y examinar de modo complejo las relaciones entre Occidente y otras culturas, de un lado; y la voluntad de resaltar el alcance o importancia global que tienen todas esas relaciones, de otro.

Esta flexibilidad de las historias global y transnacional, que las hace compatibles con otros géneros tales como historia nacional, regional y local, ayuda a entender asimismo por qué no puede haber unas fronteras nítidas entre ambas. De hecho, los estudiosos las presentan habitualmente asociadas, pero no se ponen acuerdo en cuál es esa relación. Sebastian Conrad, por ejemplo, considera a la historia transnacional como uno entre los varios enfoques que intentan aproximarse a la historia global.⁶ Fiona Paysley y Pamela Scully están de acuerdo en esta idea y sostienen, además, que la historia transnacional sirve de antídoto para aquellas historias globales que se hacen eco de grandes narrativas y/o se guían por “macro-explicaciones unilineales y monocausales”.⁷ Stefan Berger, por su parte, asegura que toda historia global es necesariamente transnacional, pero no al contrario: no toda la historia transnacional es global.⁸ Y Akira Iriye insiste en que las más importantes obras de historia transnacional, publicadas desde

⁴ Véase Ian Tyrrell “What is Transnational History”, en: <https://iantyrrell.wordpress.com/what-is-transnational-history> [consulta, 7 de marzo de 2024].

⁵ Bruce Mazlish y Ralph Buultjens (eds.), *Conceptualizing Global History* (Boulder [Colorado]: Westview Press, 1993), 2-20; y Akira Iriye, *Global and Transnational History. The Past, the Present and Future*. (New York: Palgrave Macmillan, 2013), 40-63.

⁶ El resto de los enfoques, según Conrad, son: la historia comparada, la teoría de los sistemas mundo, los estudios postcoloniales y el concepto de modernidades múltiples: Sebastian Conrad, *Historia global. Una nueva visión para el mundo actual* (Barcelona: Crítica-Planeta, 2017), 30-59.

⁷ Fiona Paisley y Pamela Scully, *Writing Transnational History* (London, New York: Bloomsbury Academic, 2019), 6.

⁸ Stefan Berger, *History and Identity. How Historical Theory Shapes Historical Practice* (Cambridge: Cambridge University Press, 2022), 267.

la década de 1970 para acá, todas tienen un alcance global, y en cierto modo son “historia global” aunque no lleven ese nombre.⁹

Una relación igualmente fluida se puede establecer entre la historia internacional y la historia transnacional. La primera, originada a partir de la llamada historia diplomática, inicia una evolución al poco de concluir la Segunda Guerra Mundial –antes de la década de 1970, contra lo que afirman Saunier e Iriye–, cuando los historiadores franceses deciden considerar, de la mano de la ciencia política, nuevos factores y en particular el de la opinión pública, e incluso cambian su denominación a la más amplia de “historia de las relaciones internacionales”.¹⁰ Ahora bien, la evolución desde la historia internacional hasta la historia transnacional igualmente se puede explicar mediante un proceso que tiene lugar en las décadas de los años 1980 y 1990, en el que juegan un papel fundamental, además del alcance mundial, fenómenos antes aludidos que se han visto reforzados en las últimas décadas; esto es, la insistencia en la descentralización del conocimiento y la importancia de lo relacional. En su *Global and Transnational History*, el propio Iriye cuenta cómo experimentó la transición de un género a otro. Relata que se formó en las investigaciones sobre historia diplomática a finales de la década de 1950 y comienzos de la de 1960 en la academia norteamericana, cómo el campo se amplió allí en los años 1970 y 1980, y cómo, finalmente, en el decenio de 1990 descubrió nuevos temas de alcance global que ya podían ser calificados de historia transnacional.¹¹

Gonzalo Pasamar Alzuria
Universidad de Zaragoza (España)
gpasamar@unizar.es
ORCID ID: 000-0003-2661-4572

Fecha de recepción: 18 de marzo de 2024

Fecha de aceptación: 10 de abril de 2024

Publicación: 30 de junio de 2024

Para citar este artículo: Gonzalo Pasamar Alzuria, “Historia transnacional, historia internacional, historia mundial e historia global”. Reseña de Pierre-Yves Saunier, *La historia transnacional*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2021, 263 págs.”, *Historiografías*, 27 (enero-junio, 2024), pp. 127-134.

⁹ Akira Yriye, *Global and Transnational History*, 37-68.

¹⁰ Laurence Badel (ed.), *Histoire et relations internationales*. Pierre Renouvin, Jean-Baptiste Duroselle et la naissance d’ une discipline universitaire (Paris: Eds. Sorbonne, 2020).

¹¹ Akira Yriye, *Global and Transnational History*, 5 y ss.